

EL SECRETO DE LA NAQQARA

En un pequeño pueblo de Marruecos, donde el viento del desierto silbaba entre las dunas, vivía un niño llamado Amir. Amir amaba moverse al ritmo del viento: giraba los brazos abiertos como las palmeras y luego los cerraba como una semilla que duerme bajo la arena. Pero sentía que le faltaba algo... ¡Su danza no tenía sonido!

Una tarde mientras caminaba por el mercado, un BUM-BUM profundo y misterioso hizo temblar su pecho. Siguiendo el sonido, encontró a un anciano sentado bajo una carpa de colores. Tocaba un tambor redondo y brillante.



-Éste es la **náqqara**, el tambor del desierto-dijo el anciano, con ojos llenos de historias.

Amir quiso intentarlo, pero cuando golpeó la náqqara el sonido salió apagado.

-Para despertar su voz, debes sentir el ritmo en tu cuerpo-explicó el anciano-. Prueba con tu danza.

Amir respiró hondo. Primero abrió los brazos, como un gran halcón volando alto, y tocó la náqqara: **¡BUM!** Luego cerró los brazos, como una flor al atardecer: **¡BUM-BUM!**

El tambor respondió con fuerza. Cada movimiento de su cuerpo se convirtió en un latido de la náqqara. Poco a poco Amir entendió el secreto: la danza y la música eran una sola.

Desde ese día, en cada fiesta del pueblo, Amir bailaba y tocaba la náqqara. Su ritmo contaba historias del viento, de la arena y del sol.

Y así, su danza nunca más tuvo silencio.